



## Los almuerzos y don Pedro

José Pineda

Dramaturgo, docente Departamento de Teatro Universidad de Chile

**D**urante años, de lunes a viernes, me he alimentado físicamente a la hora de almuerzo en el casino de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Allí, entre el griterío y el deglutir de los estudiantes, el sonido de los cubiertos, las risas estentóreas de esos jóvenes postulantes a músicos-pianistas-guitarristas-cantantes líricos, mezclados con melenudos actores en probeta o postulantes a actrices deseosas de aparecer en pantallas televisivas... Allí, en ese piso once, me encontraba diariamente con Pedro Mortheiru, llamado también Don, en homenaje a sus setenta y cinco años y a sus múltiples premios, incluido el de Arte. También el Don, como un saludo de bienvenida a ese *guatón* que fundó hace cincuenta y dos años el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica.

De él se ha dicho mucho, se ha comentado su personalidad, su afán cercano al misional por hacer del teatro una de las profesiones más nobles, su carácter tan *especial*, por darle un nombre más académico a las relaciones complejas y difíciles que tuvo con los actores en los tantos montajes que realizó en su fructífera vida artística.

Personalmente, nunca tuve el placer o la desgracia de trabajar con él. Mis relaciones se refieren más que nada a estos almuerzos bien copucheados, donde comentábamos el último estreno. El, con sus opiniones divergentes a veces de las mías ya que, naturalmente, somos de distintas generaciones, con perspectivas disímiles para apreciar un espectáculo.

En los últimos meses, don Pedro se encontraba afectado de una molesta dolencia al oído medio que,

fuera de hacerle perder el equilibrio, no le permitía escuchar con claridad. Pienso que esa incapacidad para comunicarse lo fue minando en su alegría. Porque era un hombre alegre, risueño, siempre con la palabra ingeniosa que producía hilaridad en los que lo rodeaban. Y, con la sordera, su mayor sufrimiento era no poder escuchar discos de su querido e idolatrado Claudio Arrau. Creo que don Pedro se murió un poco con la ida de esta tierra del famoso pianista chileno. Era tanta su admiración, que llegaba a extremos enfermizos. Un día le hice una entrevista, que a continuación la transcribo, para quizás entender un poco la personalidad de este artista tan atrayente.

**Yo** ¿Te sientes un pianista frustrado?

**Pedro** Más que pianista, un músico. Tal vez en mi otra vida fui compositor. O director de orquesta.

**Yo** ¿De música clásica, seria, sinfónica, culta o como se llame para diferenciarla de la popular?

**Pedro** ¿Existe esa que llamas popular? Nunca la he escuchado.

**Yo** No seas exagerado

**Pedro** Si es cierto. Toda mi vida, desde pequeño, sólo escuché música *música*. Y no hablo sólo del siglo XIX con el genio de Beethoven, sino también admiro a Debussy, a Ravel.

**Yo** Será por tu padre francés.

**Pedro** Tal vez, aunque me atrae mucho Stravinsky.

**Yo** ¿Y los compositores chilenos?

**Pedro** No puedo opinar, porque muchos son mis colegas en el Instituto de Chile y los estimo mucho...

**Yo** Vamos, una opinión...

**Pedro** Me abstengo.

**Yo** Me parece que eso ya es una opinión. Pasemos a otro punto. ¿Es cierto que estás considerado el director con más anécdotas que se conoce?

**Pedro** Total y absolutamente exacto. Por lo menos de entre los directores de los teatros universitarios. Recuerda que nosotros nos hemos caracterizado por ser artistas serios, muy formales, no como los antiguos del teatro profesional que, por su vida itinerante, la falta de ensayos en los montajes, la improvisación a la cual eran tan adictos, la vida bohemia, les ocurrían muchas cosas, casi siempre tragicómicas. Por supuesto que a mí me achacan ciertas anécdotas, no todas auténticas, que son más que nada producto de mi exagerado rigor, mi desapego para los actores y actrices en cuanto a captarlos como seres humanos...

**Yo** Más de alguna vez dijiste que hubieras preferido trabajar con muñecos, tal como propugnaba Gordon Craig.

**Pedro** Es que a veces se ponen tan fastidiosos. Que se enferman, que las actrices tienen guagua, que los maridos se ponen celosos cuando llegan tarde de los ensayos. Si son una incomodidad. Pero, ¿qué se le va a hacer?

**Yo** ¿Tú nunca fuiste actor?

**Pedro** Jamás. Me muerdo de susto de hacer el ridículo.

**Yo** Quizá eso te hizo falta para entender el mundo creativo de los actores.

**Pedro** No sé si será tan necesario para un director. Además, habría sido un actor muy malo. Como lo han sido muchos. Recuerda que el querido Eugenio Guzmán, o el mismo Dittborn, o Germán Becker o Pedro Orthous, no se destacaron como actores.

**Yo** Debes reconocer que sin actores no hay teatro. Por lo menos, teatro convencional.

**Pedro** Los admiro, me gusta su capacidad de recrear personajes, pero el verdadero artista es el director.

**Yo** No siempre existieron.

**Pedro** Siempre. Claro que no con la importancia de ahora. Tenemos que agradecerle al duque de Sajonia que, debido a su dinero y a la compañía que creó

en Alemania en el siglo pasado, los directores adquirieran relevancia artística.

**Yo** Al duque de Sajonia se le recuerda, fuera de ser el primer organizador moderno del espectáculo escénico, como un gran tirano. Título que a ti más de una vez se te dio; ¿lo consideras injusto?

**Pedro** Tal vez. Nunca fui blando, pero, ojo, blando con los actores flojos, los poco talentosos e irresponsables.

**Yo** ¿Reconoces que has sido un dictador?

**Pedro** Gracias a esa *tiranía*, como tú la llamas, pude realizar muy buenos espectáculos.

**Yo** Otros directores de tu misma generación también lo lograron y sin caer en los excesos tuyos.

**Pedro** Lo que pasa es que para mí el teatro ha sido, es y será lo más importante de mi vida. No soy casado, no tengo hijos, vivo solo y, fuera de la música y Claudio Arrau, es lo que más amo. ¿Será por eso?

**Yo** Pero... ¿llamar a los actores a las tres de la mañana para decirles que un texto, a veces una frase, debía ser cambiado? Ahí hay exageración.

**Pedro** Yo le llamo pasión a lo que se está haciendo.

**Yo** Se puede esperar la hora del ensayo.

**Pedro** Imposible. Soy un compulsivo. Un perfeccionista.

**Yo** Tus montajes deben provocarte verdaderos sufrimientos.

**Pedro** No duermo, como poco... Me conformo con una sopa, de esas *para uno*...

**Yo** Y cinco cajetillas de cigarrillos...

**Pedro** Ah, sí. Cuando estoy ensayando, mi mundo exclusivo y excluyente de todo es la obra. Me la imagino y me angustia la incapacidad de algunos actores para dar el ritmo preciso, la pausa necesaria, el énfasis ideal...

**Yo** Hasta fiebre debes tener.

**Pedro** Una vez subí a un ascensor, pensando naturalmente en la obra que estaba preparando, y le digo al ascensorista: *Tercer acto*. Me miró con una cara...

**Yo** ¿Qué pasaría si te prohibieran fumar?

**Pedro** No hay poder humano o divino que se atreva. A veces, tengo la pesadilla que estoy en una isla

desierta como Toribio el Naúfrago, sin cigarrillos. Me podría fumar hasta los calcetines. El infierno para mí es, no la falta de Dios, sino de cigarrillos.

**Yo** Pero tú no fumas, sino que prendes cigarrillos...

**Pedro** Exacto, el piso de mi departamento está todo agujereado. Con decirte que fumo hasta en la ducha. Con una mano fuera, naturalmente. Una vez, en un ensayo, apagué el *pucho* en la cabeza de la Mónica Araya, que era mi asistente.

**Yo** Parece que entraras como en trance.

**Pedro** Podría llamarse así. Por mí, que nadie durmiera, que ensayaríamos todo el día...

**Yo** ... y la noche.

**Pedro** En mis primeros tiempos como director, encerraba a los actores en la sala de ensayo. Así, nadie podía salir y desconcentrarse.

**Yo** ¿No hubo rebeldía o, por lo menos, conato?

**Pedro** No me acuerdo. Sólo ahora, cuando estoy viejo, he tenido problemas con alumnos de actuación. Los tiempos son distintos. Ellos no me entienden y yo no les capto su manera de hacer teatro.

**Yo** Quizá tu manera...

**Pedro** Es mi estilo.

**Yo** Castañetear los dedos para marcar ritmos... ¿No piensas que eso los desconcierta?

**Pedro** Sufro tanto... me siento tan impotente desde la platea, sin poder participar, que los dedos se me van.

**Yo** ¿Es efectivo que una vez le pediste a un actor que doblara las rodillas hacia adelante?

**Pedro** Sí, recuerdo que era una obra de Molière, pensé que como efecto cómico habría sido desopilante. Pero el pobre Jorge Boudón no lo podía hacer. Lo lamenté mucho.

**Yo** A veces pedías a alguna actriz que se pusiera de espaldas, porque no decía bien sus parlamentos.

**Pedro** Eso ya lo hacía Stanislavsky joven... así que no me lo atribuyas a mí.

**Yo** Lo que sí te pertenece es haber co-

mentado que María Maluenda era muy *afeminada* para actuar.

**Pedro** Ah, claro... se lo dije en *Los intereses creados* que dirigí en el Varas. Pero quise decir que era muy femenina; en exceso.

**Yo** ¿Con qué actores te llevabas bien?

**Pedro** Algunos me eran totalmente indiferentes, otros, los encontraba rechazantes a mis métodos. En cambio, los menos, me tenían respeto. Agustín Siré, por ejemplo, por nombrar a unos de los más recordados por mí. Mi relación con él en *Largo viaje de un*

Fernando Debesa, Grabiela Roepke  
y Pedro Mortheiru, fundadores del  
Teatro de Ensayo de la Universidad Católica.





Anita González, Pedro Mortheiru y una amiga.



Coro de la Universidad Católica. Pedro Mortheiru en la fila de arriba, cuarto de izquierda a derecha.

día hacia la noche o en Doña Rosita la soltera fueron muy respetuosas y nos sentíamos muy bien. La Anita González, de quien tengo tantos agradables ratos, o la Silvia Piñeiro, que dirigí muchas veces, son personas que trabajaron conmigo y entendieron mis propuestas. Fijate que todos son Premios Nacionales de Teatro... bueno, por algo será. Con ellos ya me conformo, aunque todos los demás no vayan a mi entierro.

**Yo** ¿Qué es eso?

**Pedro** Cierta vez, ensayando con un tercer año de la Escuela de Teatro de la Chile **El tiempo y los Conway**, los alumnos se me encabritaron porque les exigí una pasada más de la obra. Y ya la habíamos hecho dos veces, eran cerca de las diez... Ante la cara de rechazo de todos, sin excluir a ninguno, les lancé la frase: *Y me importa un comino si nadie va a mi entierro.*

**Yo** Pienso que muchos van a ir a tu funeral.

**Pedro** Si hasta tengo grabado mi discurso póstumo.

**Yo** Estás bromeando.

**Pedro** No voy a permitir que se digan disparates, se derramen lágrimas de cocodrilo y me dejen después solo, por los siglos de los siglos.

**Yo** Debías acostumbrarte. El teatro es efímero. ¿No te habría gustado ser director de cine? Por lo menos, ellos quedan envasados.

**Pedro** Nunca me lo planteé. Desde chico me gustaron las cosas de cuerpo presente. Ya lo he comentado en otras ocasiones. Los entierros y los casamientos, con la novia nerviosa ante el estreno del tálamo... Nunca se sabe lo que va a pasar.

**Yo** Tú sufres mucho en los estrenos...

**Pedro** Cada estreno es una muerte. No sé cómo puedo sobrevivir.

**Yo** Resucitas con más energía, porque tú insistes en seguir haciendo indicaciones a los actores.

**Pedro** Una obra nunca está lista. Siempre le falta un mes de ensayo antes del estreno.

**Yo** Y después, también.

**Pedro** También. Fuera de que los actores son bastante *creadores* a su manera. Y en el transcurrir de las funciones, se relajan y empiezan a cambiar.

**Yo** ¿No será que van encontrando matices?

**Pedro** ¿Sin mi consentimiento? Recuerda que yo soy el gran orquestador del todo. Y soy el ojo que sabe lo que se puede hacer.

**Yo** Perdona mi franqueza, pero debe ser insostenible trabajar contigo.

**Pedro** Quizá. Pero nadie puede decirme que soy poco dedicado.

**Yo** Me han contado que, durante las funciones, ibas a los camarines a entregar indicaciones de una frase mal dicha, una pausa más larga de lo acordado, un gesto nuevo...

**Pedro** Golpeo las puertas y las actrices me dicen que se están cambiando de ropa. Los actores se esconden o se escondían en los baños...

**Yo** Eres insistente, ¿ah?

**Pedro** Así pude fundar un teatro renovador: soy un artista que nunca ha caído en frivolidades. Un ser humano lleno de imperfecciones, pero honesto como cualidad.

**Yo** Puesto en Chile en el momento justo.

**Pedro** Tuve esa suerte, igual que Fernando Debesa, la Gabriela Roepke y Teodoro Lowey. Suerte de encontrarnos un día, mirarnos y sin saber que el futuro, cincuenta y dos años después, nos iba a reconocer como artistas valiosos.

**Yo** No eres muy modesto.

**Pedro** La modestia es una pérdida de tiempo. Y a mí, lo que más me molesta es perder el tiempo. Aunque ahora, ya jubilado de la Universidad de Chile, me sobra bastante.

**Yo** ¿No piensas escribir tus memorias?

**Pedro** A mí me gusta dirigir. Nací para eso.

**Yo** ¿Y cómo andan las oportunidades?

**Pedro** No son muchas. Ahora, en estos días, la tendencia es que no se haga con frecuencia un teatro con textos. Textos. Es decir: grandes obras, que la escribió un caballero solito en su casa y que, a pesar de haber muerto, aún suenan interesantes. Entonces, las posibilidades, mis posibilidades, son casi nulas. Pero ya volverá el teatro que a mí me gusta, especialmente el realismo chileno. Si la memoria no me falla, junto con Eugenio Guzmán, hemos tenido buena fortuna en el teatro chileno. **Mamá Rosa** de Debesa, **La familia de Marta Mardones** de Cuadra, han sido grandes éxitos personales.

**Yo** ¿Y autores extranjeros?

**Pedro** Ah, Molière... o Ionesco, que aunque es rumano, tiene la mentalidad francesa. El lenguaje preciso, la ironía exacta, la síntesis estupenda. Un verdadero placer trabajar con ellos.

**Yo** Los encuentras notables, pero tú les inventas parlamentos.

**Pedro** Esa es una terrible leyenda que no es efectiva. Lo que hago es tratar de encontrar el significado exacto del original en el español. He pasado noches en vela en esa tarea y, cuando la encuentro, creo que soy uno de los hombres más satisfechos de la tierra.

**Yo** ¿Piensas que eres un director casi en extinción?

**Pedro** Tal vez. Ya no aparecen hombres y mujeres como los de la generación de los teatros universitarios. Y con la televisión, que nos ha quitado el poco público. Pero pienso que, si los jóvenes tuvieran esa mística, que algunos llaman chifladura, locura, obsesión, como la he tenido yo, no estaríamos quizá tan desesperanzados.

Hasta aquí algunas de las opiniones de Pedro Mortheiru. Esta entrevista es sólo una invención, una fantasía mía, pero que refleja en cierta manera su pensamiento. De aquel don Pedro que me acompañaba en el casino de nuestra Facultad y nos alegraba la vida. Ya los almuerzos no son entretenidos. Se nota tu falta. Y en el Teatro Chileno, también. ■